

ALICIA FRAMIS

THE WALKING CEILING

2018 Performance Instalación multimedia



Dice Aitana* que es el techo. La casa.

Camina por la casa, mira el techo, recorre la cocina, con la espalda, mete los codos en las esquinas, mira el techo otra vez, ahora al suelo, abre la puerta y ciérrala suavemente, abre la puerta y ciérrala con todas tus fuerzas, ¿lo sientes? Siéntate ahí donde debería ir la alfombra de flores, escribe en el muro el nombre de tu madre, coge un vaso y llénalo de agua porque es muy fácil, ahora toca el fregadero y recoge la última gota que va a caer, que va a caer...

Acuérdate del techo, sin techo no hay casa, pero tiene que haber puerta.

(la casa es mi infierno dijo ella y no se le vio salir)

Volver a casa.

Soñar un gran agujero en el techo.

Ahora agarrar el techo, tienes que pedir ayuda, solx no vas a poder, y entre todxs lo movemos, nos lo llevamos repartiendo el peso, entre todxs. Para poder hacer esto hay que caminar con el mismo paso, mirar al frente y no pensar en nada. Solo avanzar para no ir a ningún lado. Pero ¿quién dirige?

Un paso,

Dos pasos

Tres pasos

Tres mil pasos

Con esa fuerza que te empuja hacia abajo

Con ese dolor de rodillas
Con esa mirada siempre al frente

¿Cuánto peso aguantas sobre ti ahora mismo?
¿y si lo dejas caer?

Bailar/construir

*Aitana Cordero
<http://aitanacordero.com/works/creates/la-casa-ellos/>

Video de la obra *The Walking Ceiling* <https://www.youtube.com/watch?v=e7OGkcqF08A>

LA CAMPANA DE CRISTAL

Éramos doce en el hotel. Todas habíamos ganado un concurso de una revista de modas escribiendo ensayos, cuentos, poemas y reportajes sobre modas, y como premio nos dieron empleos en Nueva York durante un mes, con los gastos pagados y montones y montones de extras gratis, tales como entradas para el ballet, pases para desfiles de modas, peinados en un salón de belleza famoso y caro, y oportunidades de conocer a gente que había triunfado en el campo de nuestra elección, y consejos sobre qué hacer con nuestro tipo de cutis. Todavía conservo el estuche de maquillaje que me dieron, especial para personas de ojos y cabellos castaños: un cuenquillo oblongo lleno de rímel marrón con un cepillito, uno redondo con sombra azul para los ojos, lo bastante grande para untarte la punta del dedo, y tres lápices labiales que iban desde el rojo al rosado, todo dentro de la misma cajita dorada con un espejo adosado. También guardo una funda de plástico para lentes de sol, con conchas de colores y cequíes, y una estrella de mar de plástico verde cosida. Comprendí que recibíamos continuamente esos regalos porque les servía de propaganda a las firmas patrocinantes, pero yo no podía ser cínica. Me divertía muchísimo con todos esos regalos que nos llovían. Durante mucho tiempo los escondí, pero luego, cuando volví a estar bien, los saqué y todavía los tengo por casa. Uso los lápices labiales de vez en cuando, y la semana pasada separé la estrella de mar de plástico de la funda de los lentes para que el bebé jugara con ella. Así pues, éramos doce en el hotel, en el mismo piso y en la misma ala, en habitaciones individuales una junto a la otra, lo que me recordaba mi dormitorio del colegio. No era un hotel exactamente; quiero decir un hotel donde hay tanto hombres como mujeres mezclados en el mismo piso. Este hotel —el «Amazonas»— era sólo para mujeres, y en su mayoría eran chicas de mi edad con padres ricos que deseaban estar seguros de que sus hijas vivían en un lugar donde ningún hombre podía llegar hasta ellas y deshonestarlas...]

La campana de cristal, Sylvia Plath 1963

(El cuerpo)



(censura)

